

TEXTOS Y GLOSAS

Reflexiones agustinianas

El hombre agustiniano, inquieto por naturaleza y buscador insaciable de Verdad, es, por su misma definición, un DISCÍPULO que, más que 'aprender', necesita 'aprenderse'; un ALUMNO que, más que 'conocer muchas cosas', necesita 'saberse a sí mismo'.

SER HOMBRE, en clave agustiniana, es un don. Pero es, también, una oferta. Y, por tanto, un empeño, una tensión, 'un hacimiento'. Más que 'una forma formada de ser', es 'un-ser-siendo', 'un-ser-en-hechura'. 'Un ser en permanente formación', y, por tanto, 'en formación permanente' (Serm. 169, 15,18).

A. ALUMNO 'de Dios en sí mismo' y 'de sí mismo en Dios', el hombre necesita 'conformarse a su verdad interior' para poder 'afirmarse' y 'confirmarse' en sus propias raíces. Necesita 'reencontrarse con su propia identidad' como 'trampolín' que le permita dar el salto hacia la trascendencia (De Civ. Dei, 11, 28; Retract. 1,8,3), y como 'centro ponderado de su ordenación amorosa' que le permita 'gravitar' debidamente en el contexto total de la realidad (Conf. 13,9).

Aquel «¡Conócete a ti mismo!» de los clásicos es, en los labios y en el estilo de Agustín, mucho más que 'un soliloquio' que genera una 'información (*scientia*)'. Es, sobre todo, una *confessio* que abre las puertas a la 'sabiduría' (*sapientia*): «SEÑOR, que te conozca a ti, que me conoces. Que te conozca a ti, como soy conocido de ti» (Conf. 10,1). Es decir, que te conozca, y me conozca, en la verdad. En esa verdad de la que participo 'por lo que tengo de ser', y a la que me refiero sin remedio 'por lo que aún me falta para ser del todo'. Que Te conozca, y me conozca, 'en la memoria de ti en mí —que es VOCACIÓN, es 'recuerdo', como punto de partida—, y 'en la memoria de mí mismo en ti,— que es RESPUESTA, y es proyecto, como punto de llegada—.

Antes, pues, de 'ser turista responsable de la realidad y de la vida', y para poder serlo en consecuencia, el hombre agustiniano necesita SER TURISTA DE SÍ MISMO, de su mundo interior (Conf. 10,8; De ver. rel. 39,72). Un mundo

que se explicita y toma consistencia a base de RE-COR-DAR ('re-dar-el-corazón'), de practicar 'la espeleología espiritual', de profundizar en la propia intimidad (Serm. 13,6,7; Serm. 52,19,22). No 'reaccionando visceralmente' ante estímulos externos, sino 'reflexionando serenamente' con la Verdad al fondo. No 'andando por fuera', por los dominios del TENER y del HACER, sino 'andando por dentro', por los dominios del SER (In Joan. 25,15). No 'siendo oveja del rebaño', sino 'siendo señor de sí mismo'. En agustiniano, 'más que UNO MISMO no se puede ser, pero con menos no basta'.

Los dos grandes peligros que, por su cercanía, insistencia y concreción, acechan 'al hombre en camino' y entorpecen su andadura hasta llegar a desviarla, son el TENER (la ambición) y el HACER (la eficacia). Por su causa, 'el aprendiz de hombre' 'se extraña de sí mismo', 'se exilia de su propio reino' y corre el riesgo de reducirlo todo, y reducirse a sí mismo, 'a número, peso y medida'. San Agustín lo dice gráficamente: «*Aunque el hombre nace REY, no siempre a su TRONO llega; extrañándose de sí, al EXILIO se condena*» (Serm. 46,12,27).

Efectivamente, cuando el hombre se dedica 'a andar por fuera', 'distrayéndose' y 'divirtiéndose' con los demás seres 'como objetos de goce' (Conf. 2,1-3; Serm. 96,2), acaba experimentando, para su propia desgracia, 'la angustia de la vaciedad (De ord. 1,2,3) y 'la división de sí mismo contra sí mismo' (In ps. 57,1). 'Se dispersa en la multiplicidad' y 'se multiplica en la dispersión' (De ver. rel. 35,65). 'Disipa su herencia' y 'se descentra de su centro de gravedad' hasta convertirse en 'un pródigo que apacienta los puercos de sus vanidades' (Serm. 96,2), 'en huésped de su propia casa' (In ps. 57,1). Cuanto más pretende abarcar, menos abarca. Y cuanto más 'se afana en muchas cosas', más 'se aleja de la única necesaria' (Conf. 2,1). Tiene, quizás, las manos llenas, pero 'el corazón vacío'. Los intereses a tope, pero 'el alma sin alma'. Va y viene en la vida, pero 'como un sonámbulo'. Se mueve mucho, y en todas las direcciones, pero 'como una veleta' (Conf. 4,4). Lleva un ritmo de vértigo, pero 'camina hacia ningún sitio'. Lo tiene 'todo', pero 'le falta todo lo demás': NO SE TIENE A SÍ MISMO.

Como hechura e imagen que es de la Palabra, el hombre lleva dentro de sí 'la resonancia inteligible y trascendente de la misma', a modo de reclamo interior que emite 'en onda corta'. Y necesita 'hacer silencio para oírla, prestar atención para escucharla y poner intención para entenderla'. Sin rebajas ni reticencias. Sin interferencias ni cortapisas. Afinando al máximo el oído del alma para no confundir la VERDAD con mayúsculas con 'las verdades a medias' ('que son mentiras enteras', Serm. 148,1), la VOZ del espíritu con 'las voces' de los transistores.

Antes, pues, de ser alumno de nadie, y como actitud radical, el hombre

necesita SER ALUMNO DEL MAESTRO INTERIOR (Serm. 134,1,1), el único que, en verdad, es MAESTRO, y del cual todos los demás son MINISTROS (Serm. 292,1,1).

B. El hombre interiorizado, y como consecuencia de su interiorización, al tiempo que constata sus múltiples VALORES como otras tantas 'potencialidades' que hay que poner a trabajar libre y responsablemente, descubre sus múltiples CARENCIAS como otras tantas 'necesidades' a las que hay que salir al paso. «*Todos somos RICOS por lo que tenemos, y POBRES por lo que nos falta*» (In ps. 125,13).

Surge de aquí una nueva forma de 'ser alumno', un nuevo estilo de aprendizaje: *NECESITAMOS DE LOS DEMÁS PARA SER NOSOTROS MISMOS* (In ps. 125,13).

En el intercambio de valores concurrentes y en la subvención recíproca de necesidades complementarias, todos los hombres se constituyen en CONDISCÍPULOS EN LA ESCUELA DEL ÚNICO MAESTRO (Serm. 242,1).

Aunque técnicamente 'nadie es maestro de nadie en este mundo', todos resultamos ser MINISTROS LOS UNOS 'DE' (Y 'PARA') LOS OTROS (Serm. 292,1,1). En un doble sentido, (de ida y vuelta): como 'radioescuchas de la Verdad' a través de la 'onda media de la FRATERNIDAD', y como 'altavoces' y 'transmisores' de la misma en el ámbito de nuestra PROXIMIDAD (próximo = prójimo). Este doble ministerio se asienta agustinianamente sobre un principio irrefutable, de humildad, a un tiempo, y de grandeza: *LA VERDAD NO ES MÍA NI TUYA, PARA QUE PUEDA SER TUYA Y MÍA* (In ps. 103,2). «*La Verdad es de todos nosotros, llamados por Dios a la comunión y amonestados por Él a no guardar la Verdad 'como bien privado' para 'no vernos privados de ella'. El que reivindica como privilegio personal lo que es patrimonio de todos, y quiere gozar a solas lo que hay que gozar con los demás, es expulsado del BIEN COMÚN y relegado al SUYO PROPIO, es decir, es expulsado de LA VERDAD y relegado a LA MENTIRA*» (Conf. 12, 25).

El DIÁLOGO, en su significación más esencial, 'como comunicación de PRESENCIA y de PALABRA', se erige en el gran protagonista del aprendizaje humano. Y la CONVIVENCIA, 'como compartimiento de AMISTAD y de VIDA', se hace ESCUELA abierta y AULA obligatoria de condiscipulado.

Todas las instancias sociales en que se desarrolla la vida de los hombres (la familia, el colegio, la Iglesia, el mundo) adquieren un marcado sentido de 'encuentro', de 'armonización', de 'consorcio' y de 'consenso'. Quien se inhibe de la comunicación como paso para la comunión, se condena 'a la propia mentira' como paso para 'la privación de la verdad'. Quien opta por el individualismo como estrategia de enriquecimiento, se condena al 'aislamiento' y

acaba en 'la mendicidad'. Quien se niega a 'dar lo que tiene', se incapacita para 'recibir lo que le falta'.

Los hombres —hermanados por naturaleza en un mismo origen, compañeros de aventura en el mismo camino, y enrumbados tensionalmente hacia un mismo puerto— deben vivir la vida EN DIMENSIÓN DE ORQUESTA (In ps. 150,8). Siendo 'cada uno él mismo', pero siéndolo 'desde, con y para los demás'. Respetando y potenciando las diferencias personales —por las que cada uno es original e irrepetible, y no fotocopia de nadie— pero viviéndolas EN CLAVE DE CONCIERTO y DE COMPLEMENTARIEDAD (In ps. 149,7). Como miembros corresponsables de un organismo viviente y dinámico, de un cuerpo armónico y en crecimiento, de un pueblo que, a través de la disciplina y el orden, 'hace posible la paz'.

Estos planteamientos adquieren caracteres más firmes y contornos más precisos para Agustín en una visión religiosa y, en concreto, cristiana. Baste apuntar que en la lógica de las bienaventuranzas —que es la lógica del AMOR hecho SERVICIO— los 'condiscípulos' se convierten en HERMANOS, las 'necesidades' en DERECHOS y los 'valores' en OBLIGACIONES. La justicia, por su parte, no es una simple operación matemática de repartos igualitarios y anónimos, sino una actitud afectiva y efectiva de proporcionalidad respetuosa: A CADA UNO SEGÚN SUS NECESIDADES (Regla).

C. Para quien tiene avizores los ojos del alma —verdaderos centinelas que custodian la casa interior desde la atalaya de los ojos del cuerpo—, las cosas y los acontecimientos no son 'datos fríos' o 'informaciones asépticas', sino 'referencias', 'reclamos', 'pistas' y 'mediaciones' del SER.

En visión bíblico-agustiniana, 'todas las cosas fueron hechas por la PALABRA, y 'la PALABRA sigue haciéndolas a todas'. Cada una de ellas no es, pues, un grito desgarrado y solitario, sino «nota de una partitura». No es un 'rumor inarticulado', sino 'como una voz', 'un eco', una 'sílabas' de la Palabra misma. Todas 'hablan' y 'se dicen' sin cesar. Por su presencia. Por su variedad. Por su ordenamiento. 'Hablan' y 'se dicen' a todos, pero no todas entienden su voz. Sólo los que les prestan SU ATENCIÓN, los que las escuchan y CONTEMPLAN, logran dialogar con ellas.

He aquí una nueva dimensión del aprendizaje, que acaba por confundirse con LA VIDA MISMA. En toda su extensión. Y en toda su intensidad.

RECONOCER 'el silabeo de las cosas' y 'el sentido referencial de los acontecimientos', significa situarse frente a ellos en una actitud no finalista, sino mediacional. No de goce, sino de uso. No de meta, sino de peldaño. No de 'ciencia' (conocimiento), sino de 'sabiduría' (saboreamiento). No de filosofía, sino de mística.

El 'UNI-VERSO' (tensión hacia el Uno, mutiplicidad en camino de Uni-

dad) es un libro abierto y bien escrito que requiere CAPACIDAD DE LECTURA o, más bien, de 're-lectura', y esfuerzo de comprensión. Y es esta condición de LECTOR ESFORZADO la que distingue y dignifica al hombre frente a los demás seres, la que le faculta para ejercer su señorío sobre ellos prestándoles 'su voz, su mensaje y su armonía'.

El mundo entero y sus aconteceres son como la 'onda larga' a través de la cual el centro emisor de la Verdad transmite ininterrumpidamente, y de mil modos distintos, esta apelación urgente: «SUBE MÁS ARRIBA. BUSCA POR ENCIMA DE NOSOTROS. SOMOS HECHURA DE DIOS» (Conf. 6,9; Serm. Maj. 126,6).

EL HOMBRE AGUSTINIANO va, pues, DE ALUMNO POR LA VIDA. Siempre 'de paso'. Siempre 'a la escucha'. Siempre EN ESCUELA. «BUSCAN-DO PARA ENCONTRAR, Y ENCONTRANDO PARA PROSEGUIR LA BÚS-QUEDA» (De Trin. 15,2,2). Con 'la radio de la atención' siempre encendida. Con 'la antena de la intención' bien orientada. Sintonizando activamente 'la emisora de la Verdad' en todas sus frecuencias: 'la onda corta' de la INTERIORIDAD, 'la onda media' de la FRATERNIDAD, y 'la onda larga' de la REALIDAD. Dipuesto 'a la reformación', a 'la reconversión' y 'al cambio'. En actitud de CRÍTICA responsable y de RESPONSABILIDAD comprometida. Como 'un girasol', que da la cara y no se oculta entre las sombras. Corriendo el riesgo de SER MEJOR CADA DÍA para no verse atrapado 'en los lazos de la BONDAD complaciente y formalista'. Aceptando con alegría que LA VIDA ES CAMINO —que no 'posada'— y que EL CAMINO SE HACE AL ANDAR —que no dejándose vivir— (Serm. 169,15,18). Consciente y convencido de que POR MUY ALTO QUE HAYA LLEGADO, EL IDEAL ESTÁ SIEMPRE MÁS ALLÁ (In ps. 38,4).

Pedro RUBIO BARDÓN, OSA